

Crisis y reestructuración del capitalismo: 1973-2000

CARLOS HERMIDA REVILLAS

LA ONDA LARGA DE CRECIMIENTO (1945-1973)

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, los países capitalistas desarrollados experimentaron una rápida expansión económica, una vez superada, con la ayuda del Plan Marshall, la difícil situación de posguerra. Entre 1950 y 1969 la tasa de crecimiento anual del P.I.B fue del 6,2% en la República Federal Alemana, del 5% en Francia, 5,4% en Italia y 9,7% en Japón.

La onda larga de crecimiento que se inicia a finales de los años cuarenta se caracterizó, en primer término, por una revolución tecnológica ininterrumpida, asociada a un impresionante avance científico, lo que permite hablar de revolución científico-técnica o tercera revolución industrial.

En segundo lugar, la rápida concentración industrial y el desarrollo de las compañías multinacionales. La tendencia a la monopolización se acentuó tras el final de la contienda, a través de un acelerado proceso de concentración y centralización del capital que ha convertido a las grandes corporaciones multinacionales, en su mayoría estadounidenses, en una de las piezas clave de la economía mundial, con un poder económico muy superior a la mayoría de países del mundo.

Un tercer elemento que define el período fue el incremento del intervencionismo estatal, mediante nacionalizaciones, planificación indicativa y generalización de servicios sociales. El incremento del gasto público se convirtió en uno de los pilares del crecimiento económico sostenido, mediante inversiones que generaban empleo y estimulaban la demanda. La adopción de políticas keynesianas fue la tónica dominante en Europa occidental hasta los años ochenta, dando origen al denominado «Estado del bienestar».

En cuarto lugar, el ciclo expansivo se basó en el nuevo sistema monetario diseñado por Estados Unidos en la Conferencia de Bretton Woods, celebrada en el verano de 1944. A grandes rasgos, el sistema se basaba en la convertibilidad del dólar en oro y en el mantenimiento de unas paridades fijas de las monedas nacionales respecto al dólar. El nuevo orden se completó con la creación del

Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y el Acuerdo General sobre Aranceles de Aduanas y Comercio (GATT). Finalmente, y sin ánimo de exhaustividad, el bajo precio de la energía contribuyó decisivamente a las altas tasas de actividad económica¹.

El espectacular crecimiento económico, casi ininterrumpido, jalonado por cortas recesiones coyunturales, hizo pensar a los economistas académicos que el capitalismo había superado las catastróficas crisis que marcaban su historia. Nada más lejos de la realidad. En 1973 se inició una nueva crisis estructural que confirmó su movimiento cíclico.

Se ha repetido hasta la saciedad que las causas de la crisis residen en el desorden monetario que se inicia con la suspensión de la convertibilidad del dólar en oro, medida adoptada por el presidente estadounidense Richard Nixon en agosto de 1971, y la subida de los precios del petróleo decretada en 1973 por los países árabes de la OPEP a raíz de la cuarta guerra árabe-israelí. Pero estos factores no explican el verdadero origen de la crisis, que se encuentra en las contradicciones internas del modo de producción capitalista.

Una de las leyes fundamentales del desarrollo del capitalismo es la que definió Marx como baja tendencial de la cuota de ganancia. Esta cuota (g') representa la relación existente entre la masa de plusvalía (P) y el conjunto del capital: capital constante (C) más capital variable (V), expresada en la fórmula $g' = P / C + V$. En el desenvolvimiento del capitalismo la tendencia al incremento de la composición orgánica del capital, es decir, la relación entre capital constante (maquinaria y materias primas) y capital variable (el invertido en fuerza de trabajo) es permanente. Si el capital constante aumenta, permaneciendo constante las otras dos magnitudes, la tasa de ganancia tiende a disminuir:

«Si, por ejemplo, de un decenio a otro el valor de la producción anual pasa de 300 mil millones C+100 millones V+100 mil millones P=500 mil millones a 400 mil millones C+100 mil millones V+100 mil millones P=600 mil millones, el aumento de la composición orgánica del capital de 3 a 4 lleva consigo una disminución de la tasa de ganancia de $100/400 = 25\%$ a $100/500 = 20\%$ »².

Cuando la tasa de ganancia desciende hasta un determinado nivel, ya no es posible seguir manteniendo el proceso de acumulación de capital³. La insuficiencia de la masa de beneficios para valorizar el capital acumulado se traduce

¹ Un análisis muy completo sobre el desarrollo del capitalismo a partir de 1945 en E. Palazuelos, E.: *Las economías capitalistas durante el período de expansión, 1945-1970 (estructura y funcionamiento del modelo de acumulación de posguerra)*. Madrid, Akal, 1986.

² Mandel, E.: *Tratado de economía marxista*. México, Era, 1977. 6.ª edición en español, tomo I, p. 229.

³ La acumulación de capital es el proceso por el cual una parte de la plusvalía que se obtiene en el proceso de producción se destina a incrementar el capital y se invierte en la actividad productiva, de modo que al inicio de cada ciclo de producción el capital destinado a medios de producción y fuerza de trabajo es superior al del ciclo anterior. El proceso de acumulación garantiza la reproducción ampliada del capital; es decir, el incremento de la capacidad productiva.

en una sobreacumulación de capital, el derrumbe de la acumulación y la crisis generalizada. Ahora bien, esta caída es tendencial y puede ser frenada y contrarrestada parcialmente de las siguientes formas: aumentando la tasa de plusvalía, esto es, el grado de explotación de los trabajadores; abaratando los elementos que componen el capital constante o disminuyendo el valor de los elementos que integran el capital variable. El fenómeno colonial e imperialista tiene su último fundamento en esta contradicción. La dominación política y económica de amplios mercados coloniales ha frenado históricamente la tendencia a esa caída, mediante el pillaje de materias primas y alimentos, la superexplotación de la mano de obra indígena y el deterioro de los términos de intercambio entre el centro y la periferia⁴.

El modelo de acumulación de posguerra mostraba síntomas de agotamiento a finales de los años sesenta, pero la subida de los precios del crudo en 1973 aceleró el descenso de la tasa de ganancia al incrementar el capital constante y, en consecuencia, elevar la composición orgánica del capital. Se entró, de esta forma, en una larga crisis estructural cuyos efectos llegan hasta nuestros días.

ACUMULACIÓN CAPITALISTA Y NEOLIBERALISMO

El final de la onda larga de crecimiento económico obligó a la burguesía de los países desarrollados a diseñar un nuevo modelo de acumulación capaz de recuperar la tasa de ganancia. Los primeros pasos se encaminaron a la consecución de un incremento de la productividad mediante inversiones en tecnologías ahorradoras de mano de obra, lo que en el lenguaje tecnocrático se denomina racionalización de la producción:

Inversiones en la industria de Alemania Occidental (en porcentaje)

	Expansión	Racionalización	Reemplazo
1970	55	34	11
1971	45	38	17
1972	40	42	18
1973	41	42	17
1974	36	43	21
1975	22	54	24
1976	12	58	30
1977	15	49	36
1978	17	47	36

FUENTE: Andre Gunder Frank: *La crisis mundial*. Barcelona, Bruguera, 1979, tomo I, p. 139.

⁴ Sobre esta cuestión, es de indispensable consulta la obra de Acosta Sánchez, J.: *El imperialismo capitalista. Concepto, períodos y mecanismos de funcionamiento*. Barcelona, Blume, 1977.

Como puede observarse en el cuadro anterior, las inversiones en el capítulo de «expansión» —creación de nuevas industrias— disminuyó radicalmente en Alemania Occidental a partir de los inicios de la crisis, mientras que la partida «racionalización» experimenta una rápida expansión. La generalización de estas políticas industriales, las drásticas reconversiones de la siderurgia, el sector naval, los astilleros, etc., acometidas en Europa occidental, desembocaron en un aumento espectacular de las tasas de desempleo en el mundo capitalista desarrollado. Ahora bien, la formación de gigantescos ejércitos de reserva de mano de obra propició una agudización de la crisis por el camino de la disminución de la demanda, lo que, a su vez, condujo a la disminución de las ventas empresariales, a la quiebra de las empresas más débiles y a un nuevo aumento del paro. Se entró así en un ciclo infernal: racionalización productiva = paro = disminución de la demanda = descenso del beneficio empresarial = mayor racionalización = más desempleo.

A medida que la crisis se hizo más profunda, se fue abriendo paso la definición de un nuevo modelo económico conocido como neoliberalismo. Diseñado por el economista estadounidense Milton Friedman y la «escuela de Chicago», y puesto en práctica inicialmente en Estados Unidos durante la presidencia de Ronald Reagan y en el Reino Unido durante el largo gobierno de la conservadora Margaret Thatcher, el neoliberalismo propugna como receta suprema para la superación de la crisis la hegemonía del mercado, la supresión del intervencionismo estatal en la vida económica, la absoluta desregulación del mercado laboral, la privatización de los servicios públicos y la completa libertad de circulación del capital.

Lo que hoy se conoce como «globalización», «mundialización» o «nuevo orden económico internacional» no es más que la aplicación a ultranza de la doctrina neoliberal ensayada en los años ochenta. Se trata del proyecto de las clases dominantes de los principales países capitalistas (el llamado «Grupo de los Siete») para elevar al alza la tasa de ganancia mediante la disminución de los salarios reales de los trabajadores. O lo que es lo mismo: la destrucción del «Estado del Bienestar» forjado tras la Segunda Guerra Mundial. Los sistemas de Seguridad Social pública, las pensiones, el trabajo fijo, las prestaciones sociales y los sistemas impositivos progresivos deben ser suprimidos para incrementar el excedente empresarial, único medio, se afirma, de generar empleo. Y así, en un país tras otro, las conquistas sociales, conseguidas por la clase obrera tras durísimas luchas, tras batallas interminables contra la patronal, a costa de innumerables sacrificios y sangre, van siendo desmanteladas.

A los empresarios se les reducen las cotizaciones sociales, se benefician con múltiples incentivos y desgravaciones fiscales y pagan menos impuestos, mientras los trabajadores ven como se endurecen los requisitos para cobrar el subsidio de paro, aumentan los años trabajados para cobrar una pensión de jubilación y pagan cada vez más impuestos indirectos.

El trabajo precario sustituye a la ocupación fija, porque el trabajador temporal no acumula antigüedad, ni se le debe indemnizar al ser despedido. Se usa y se tira.

El modelo de acumulación neoliberal constituye el intento de volver al capitalismo de la primera revolución industrial. Hace treinta años, muy pocos pensaban que el capitalismo podría retornar a sus orígenes, pero en los comienzos del siglo XXI la globalización se impone y el mercado es una nueva religión que cuenta con un número de fieles cada vez mayor. ¿Cómo han conseguido las clases dominantes imponer unas recetas económicas que perjudican a la mayoría? Y lo más preocupante, ¿cómo han logrado que esa mayoría las acepte y las defienda?

CONDICIONES PARA LA IMPLANTACIÓN DEL MODELO NEOLIBERAL

Las crisis del modo de producción capitalista se explican por factores puramente económicos —las contradicciones del capitalismo—, pero la salida de la crisis, el paso de un modelo de acumulación a otro, ya no depende exclusivamente del movimiento económico, sino de factores extraeconómicos⁵. Es la lucha entre la burguesía y el proletariado, la correlación de fuerzas entre ambas clases sociales, la que determina la imposición de un determinado modelo económico. Es, en definitiva, la lucha de clases el terreno en que siempre se define el paso de un ciclo económico depresivo a un ciclo expansivo.

En el caso que nos ocupa, el neoliberalismo es el resultado de la derrota paulatina de la clase obrera, lo que permite a la burguesía imponer unas nuevas condiciones de explotación y un incremento de la tasa de plusvalía. Analizaremos a continuación las condiciones y los elementos que caracterizan esta derrota, aún no definitiva, pero que de consumarse supondría el retroceso absoluto de las condiciones de vida de la clase obrera de los países desarrollados.

⁵ «Los factores extraeconómicos desempeñan un papel clave en la explicación de los bruscos ascensos de la tasa media de ganancia... Para expresarlo con más claridad: aunque la lógica interna de las leyes de movimiento capitalistas puede explicar la *naturaleza acumulativa de cada onda larga, una vez iniciada*, y aunque también pueda explicar la transición de una onda larga expansiva a una onda larga de estancamiento, no puede explicar el paso de la última a la primera. No hay simetría alguna entre los resultados inevitables a largo plazo del crecimiento económico capitalista acelerado (que son precisamente una caída a largo plazo de la tasa media de ganancia) y el marcado ascenso a largo plazo de la tasa de ganancia después de un descenso persistente a lo largo de un cuarto de siglo. Este ascenso no puede deducirse de las propias leyes de movimiento del modo de producción capitalista. No puede deducirse de la actuación del «capital en general». Sólo puede entenderse si se consideran todas las formas concretas del desarrollo capitalista en un medio determinado (todas las formas y contradicciones concretas de «muchos capitales»). Y éstas entrañan toda una serie de factores extraeconómicos, como guerras de conquista, ampliación y contracción del ámbito de actuación del capital, competencia intercapitalista, lucha de clases, revoluciones y contrarrevoluciones, etc. Estos cambios radicales del medio general, social y geográfico, en el que opera el modo de producción capitalista, son a su vez el detonante, por decirlo así, de cambios radicales en las variables básicas del crecimiento capitalista (es decir, pueden conducir a cambios en la tasa media de ganancia)» (Mandel, E.: *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*. Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 18-19.

El final de la Segunda Guerra Mundial no significó únicamente la derrota militar del fascismo. El capitalismo sufrió una importante fractura cuando Europa oriental, liberada por el ejército soviético, adoptó el modelo socialista. Aunque la división de Europa pactada en las conferencias de Yalta y Postdam, permitió la reconstrucción del capitalismo en Europa Occidental, la burguesía se encontró con unos fortísimos partidos comunistas, especialmente en Italia y Francia, que gozaban de un gran apoyo popular por su tenaz oposición al fascismo. La puesta en marcha del modelo de acumulación de posguerra tuvo que hacerse en unas condiciones de fortaleza organizativa, política e ideológica de la clase obrera. Los poderosos sindicatos de inspiración socialista y comunista, la presencia de sólidos partidos comunistas y el prestigio de la Unión Soviética, cuyo papel en la victoria sobre el nazismo fue decisivo, por más que hoy se quiera ignorar, obligaron a las clases dominantes a practicar una política económica que desembocó en el denominado «Estado del bienestar», entendido éste como una suma de políticas y actuaciones que protegen al trabajador en una serie de contingencias: enfermedad, accidentes laborales, paro, etc.

Cuando estalló la crisis en 1973, la relación de fuerzas entre la clase obrera y la burguesía no era, por supuesto, idéntica a la de 1945, pero la posición del proletariado europeo era lo suficientemente fuerte como para impedir un ataque frontal a sus derechos sociales. La burguesía inició, pues, una guerra de posiciones, debilitando progresivamente las estructuras organizativas y propiciando el desarme ideológico como paso previo para la imposición de medidas económicas que garantizaran el ascenso de la tasa de ganancia.

En 1979 se inició en el Reino Unido un largo período de gobierno conservador. La primer ministro Margaret Thatcher emprendió una decidida política de enfrentamiento con las Trade Unions. La Ley de Empleo de 1982 estuvo diseñada para acabar con el poder sindical, suprimiendo un conjunto de inmunidades legales que protegían la acción sindical. Tras esta ley, el gobierno logró derrotar al poderoso Sindicato Minero en la larga huelga de 1984-1985. Las acciones legales y la merma del poder de negociación provocó una caída importante del número de afiliados. De esta forma, quebrando la fuerza de las organizaciones sindicales, se dio el primer paso para imponer la legislación neoliberal⁶.

Pero no en todos los países han hecho falta legislaciones específicas para debilitar a los sindicatos. Mucho más efectivo ha sido ese trabajo sistemático de los medios de comunicación para desprestigiar la huelga como derecho legítimo de los trabajadores. Apelando continuamente a los derechos de los consumidores y de los usuarios de servicios públicos, se presenta a los huelguistas como individuos egoístas, que atentan contra el bienestar general y los intereses comunes. Cuando estalla un conflicto laboral en los medios de transporte y los trabajadores paralizan los trenes, los autobuses o el metro, la televisión siempre muestra la imagen de los indignados usuarios que llegan tarde al trabajo o

⁶ Briggs, A.: *Historia social de Inglaterra*. Madrid, Alianza, 1994, pp. 450 y ss.

no pueden iniciar sus vacaciones, pero nunca se informa sobre las causas reales de la huelga o sobre las reivindicaciones concretas de los empleados. Sometidos a un bombardeo informativo tendencioso y falso, son muchos los ciudadanos que asocian la huelga y los sindicatos como fenómenos nocivos, causantes de la ruptura de la paz social, y que estarían dispuestos a aceptar el recorte de ese derecho conquistado con tanto esfuerzo.

Pero la implantación del neoliberalismo no sólo necesita quebrar el poder sindical. Hay que ir más allá, conseguir un desarme ideológico completo que impida cualquier mecanismo defensivo por parte de la sociedad, lograr que los ciudadanos acepten como parte del orden natural una política económica que perjudica a la inmensa mayoría.

El fascismo recurre al terror, a la violencia física abierta para controlar a las clases dominadas, pero en las democracias parlamentarias la utilización continua de la represión no es posible. El sistema democrático-burgués se basa en el consenso, en la aceptación del orden social y económico por parte de la sociedad, y esto sólo puede conseguirse mediante la propaganda. A través de los medios de comunicación se transmiten un conjunto de valores y de normas que terminan por ser aceptados por el conjunto social⁷. La violencia se utiliza para los que no logran ser «normalizados», para aquellos que se desvían del camino trazado y persisten en enfrentarse al sistema.

Las recetas económicas neoliberales se han ido aplicando de forma simultánea a la modelación ideológica de una opinión pública. El fomento del individualismo más feroz en detrimento de las acciones solidarias, la exaltación del consumo como la realización suprema del ser humano y la adoración del dinero como bien máximo son algunos de los valores y conductas que proyectan a diario los medios de comunicación. La televisión, el medio por excelencia, trabaja incesantemente, con su panoplia de concursos y series, en el descerebramiento social. Las noticias ocupan en los espacios informativos un tiempo mínimo mientras el fútbol acapara toda la atención. Guerras, conflictos sociales, problemas políticos o desastres ecológicos ceden el protagonismo a unos supuestos astros del balón cuyo único mérito ganar cientos o miles de millones por dar patadas a una pelota. La apatía, el desinterés y la indiferencia por la política van ganando terreno. A medida que desaparece el pensamiento crítico, las clases dominantes imponen lo que se ha venido denominar el pensamiento único, cuyo presupuesto fundamental se basa en afirmar que el capitalismo, además de ser el único sistema posible, nos conduce a todos a la prosperidad y a la felicidad.

Como la realidad es tozuda y las cifras de paro y miseria desmienten esas afirmaciones triunfalistas, asistimos a una reedición del determinismo biológico. Los parados, los pobres y los indigentes ya no serían un producto de las condiciones sociales, sino fruto de su estructura genética y de su inadapta-

⁷ Un lúcido análisis del papel de los medios de comunicación en el adoctrinamiento de los ciudadanos, en Chomsky, N.: *Cómo nos venden la moto*. Barcelona, Icaria, 1999, 9.ª edición.

ción al medio. El trabajador en paro no encuentra empleo porque es un perezoso y el pobre es una persona incapaz de aprovechar las oportunidades que le ofrece el sistema. El capitalismo queda así a salvo y los perdedores son culpables de su propia situación⁸.

En su lucha por anular cualquier discrepancia, los intelectuales orgánicos del capitalismo han lanzado una ofensiva contra el marxismo, decretando su definitiva muerte. Alentados por la desaparición de la URSS y del socialismo en la Europa del este, todo un ejército de periodistas, tertulianos radiofónicos, ensayistas y profesores varios, que en la mayor parte de los casos no han leído de Marx y Engels ni el título de sus libros, están empeñados, con un tesón digno de mejor causa, en una campaña anticomunista similar a la de los peores tiempos de la guerra fría. Todo vale en este combate ideológico: Julio Anguita es un profeta alucinado, la revolución bolchevique se convierte en un golpe de estado, las conquistas sociales del régimen cubano son ignoradas, se oculta el papel de los comunistas en la lucha antifascista...

La propaganda masiva e insistente de los aparatos ideológicos de dominación ha conseguido en buena parte su objetivo. Amplios sectores de las clases dominadas han asumido los mensajes reaccionarios que a diario escuchan y su conciencia de clase ha desaparecido, mientras la militancia sindical y política de los trabajadores cae en picado y los partidos comunistas pasan a convertirse en muchos países en fuerzas marginales. Desarticulados, atomizados, fraccionados y desarmados ideológicamente los sectores populares, la burguesía ha logrado implantar su política neoliberal. No faltan las resistencias, en ocasiones tenaces, pero el capital termina por imponer su ley, ayudado —no lo olvidemos— por unos sindicatos que han cambiado la lucha por el pacto, convertidos en gestores de servicios —construcción de viviendas, planes de pensiones, seguros de automóviles, campamentos de verano para los hijos de los afiliados, etc.— y plenamente integrados en el orden capitalista.

CONSECUENCIAS DEL MODELO NEOLIBERAL: GLOBALIZACIÓN DE LA POBREZA

La aplicación de las políticas neoliberales ha producido, y produce, efectos devastadores. La reducción de los gastos sociales, la desregularización laboral, los recortes en los presupuestos de educación y sanidad tiene como resultado no sólo la ampliación de las desigualdades, sino la exclusión social. Jóvenes que buscan su primer empleo, parados de larga duración, jubilados, madres solteras, etc., engrosan las filas de la pobreza y la marginación. El paro, convertido en un fenómeno estructural, los contratos precarios y el recorte de las prestaciones

⁸ Una crítica frontal a los planteamientos del determinismo biológico se encuentra en Woods, A., y Grant, T.: *Razón y Revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna*. Madrid, Fundación Federico Engels, 1995, pp. 313-354.

asistenciales originan desestructuración familiar y conducen a la frustración a cientos de miles de jóvenes, para quien el futuro es un negro túnel sin salida. Barrios deprimidos y comarcas arrasadas por las reconversiones industriales son la otra cara de la moneda de ese neoliberalismo que se presenta como la panacea de todos los males económicos. La llamada mano invisible del mercado y las leyes «naturales» de la oferta y la demanda enriquecen a los especuladores de la Bolsa, pero sumen en la desesperación a millones de personas.

Los beneficios de la empresas y los bancos no dejan de crecer, pero el desempleo no remite y la pobreza alcanza cifras alarmantes. Aunque los gobiernos maquillan los datos o simplemente ocultan la información, las estadísticas indican que en España 8. 509.000 personas viven en situación de pobreza, lo que supone el 22, 14% de la población total. En Badajoz, ese porcentaje alcanza el 49%; en Cáceres, 40,2%; en Jaén, 30,8%...⁹. La consecuencia lógica del paro y la miseria no ha podido ser otra que el aumento de la delincuencia común. Sería absurdo pensar que una persona sin trabajo y sin posibilidad de obtenerlo se dejara morir lentamente. El delito común se ha convertido en la salida para una parte de los que no participan en la feria consumista, ni siquiera en sus migajas. El aumento de la violencia en los centros educativos no ha surgido en el vacío, es el producto de unas condiciones sociales concretas, de un sistema con nombre propio, el capitalismo, que ofrece todo tipo de bienes para unos pocos, pero impide su disfrute a la mayoría.

La conexión entre paro y delincuencia es difícil de negar a la luz de los siguientes datos: en 1986 la población penal española ascendía a 24.204 personas, mientras que el número de presos en 1994 era de 47.144, es decir, un 94,77% de aumento¹⁰. En las mismas fechas el paro pasó de 2.959.000 desempleados a 3.763.000¹¹. No estamos diciendo que un parado necesariamente tenga que delinquir. Lo que señalamos es que el deterioro de las condiciones sociales de existencia es el escenario en el que se produce el aumento de los hechos delictivos. No olvidemos al abordar esta temática que el lenguaje de las clases dominantes enmascara y falsea la realidad. Un delincuente es quien asalta un banco, pero los banqueros que cobran comisiones leoninas y altos tipos de interés son ciudadanos ejemplares. El pequeño delincuente es masacrado, pero el robo legal es bendecido. En este mundo al revés, subtítulo de un sugestivo y maravilloso libro de Eduardo Galeano¹², los que se defienden de la

⁹ Fundación FOESSA y EDIS: *Las condiciones de vida de la población pobre en España*. Madrid, Foessa, 1998, p. 173. La ficha técnica de este magnífico informe considera en situación de pobreza a las familias residentes de hecho en España, con ingresos inferiores al 50% de la renta media nacional disponible (igual o menor a 44.255 pesetas/mes/persona para el año 1996).

¹⁰ *El País*, 12 de julio de 1999.

¹¹ Díaz Gijón, J.; Fernández Navarrete, G., y otros: *Historia de la España actual, 1939-1996. Autoritarismo y democracia*. Madrid, Marcial, Pons, 1998, p. 432.

¹² Galeano, E.: *Patas arriba. La escuela del mundo al revés*. Madrid, Siglo XXI, 1998. Un libro de imprescindible lectura, una racha de viento fresco, un rayo de luz que irrumpe en la noche del pensamiento único y la estupidéz organizada.

violencia institucional son clasificados como terroristas y subversivos, y tratados como tales. Despedir plantillas enteras, condenando a los trabajadores y sus familias a una muerte lenta, explotar brutalmente a los inmigrantes, ofrecer contratos precarios a los jóvenes, cegándoles cualquier posibilidad de organizar y planificar su vida, especular con el suelo urbanizable, defraudar sistemáticamente a la Hacienda pública, depositar gigantescas fortunas en paraísos fiscales y blanquear miles de millones procedentes de la droga en respetables instituciones bancarias, todo eso no es subversivo, ni violento y quienes así actúan son presentados como empresarios emprendedores, triunfadores perspicaces, modelos a imitar. La explotación patronal se ha transmutado en «gestión eficaz mediante la optimización de recursos» y el huelguista que defiende sus derechos ha pasado a convertirse en un peligroso inadaptado, un elemento antisocial sobre el que debe recaer todo el peso de la ley. Y desgraciadamente recae.

La respuesta de las clases dominantes ante la delincuencia es en todas partes unánime: el incremento de la represión. Aumentan las dotaciones presupuestarias para los cuerpos policiales, se levantan nuevas cárceles y los códigos penales se endurecen. Alimentando el miedo de la población, pero ocultando las verdaderas raíces del problema, las democracias occidentales se están volviendo paulatinamente estados policiales. Manipulando los datos, creando alarma social cuando conviene, los gobiernos instauran mecanismos que cercenan progresivamente los derechos civiles, como la instauración de cámaras de vídeo en las calles o la limitación de las manifestaciones en el centro de las ciudades.

En Estados Unidos, supuesto modelo de democracia, en 1980 había un preso por cada 480 habitantes, mientras que en 1995 la proporción era de 1 por cada 189. En este año, 4,9 millones de personas se encontraban en alguna modalidad de supervisión correccional (en prisión o en libertad condicional), pero dos años más tarde, en 1997, la cifra se había elevado hasta 5,5 millones, aproximadamente el 2,8% de la población adulta del país¹³.

La globalización es, ante todo, globalización de la miseria, mundialización de la desigualdad. Según informes de la ONU, el número de pobres en el mundo se ha duplicado desde 1974. La mitad de la Humanidad sobrevive con 500 ptas. al día y uno de cada dos de esos pobres no alcanza las 165 ptas. diarias de ingresos¹⁴. La esperanza de vida en África ha bajado en el decenio de los noventa de 60 a 50 años¹⁵. El reverso de la pobreza es la opulencia desmesurada, una concentración de riqueza como no se ha conocido en otra época histórica. El informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) del año 1998 indicaba que las 225 personas más ricas del mundo poseen tanta riqueza como el 47% de la Humanidad¹⁶.

¹³ Luttwak, E.: *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Barcelona, Crítica, 2000, pp. 19 y 83.

¹⁴ *El País*, 6 de julio de 1999.

¹⁵ *El País*, 11 de junio de 1999.

¹⁶ *El País*, 10 de septiembre de 1998.

La brecha entre el norte y el sur se ensancha; el muro entre ambos mundos se hace infranqueable. Los ideólogos del capital justifican esta situación acusando de corrupción a las élites locales. Es cierto que muchos de los dirigentes del llamado Tercer Mundo son corruptos, probablemente no más que los del mundo desarrollado, pero también lo es que esa corrupción es alimentada por las grandes corporaciones industriales y los bancos de Europa y Estados Unidos, cuyo objetivo es convertir a los líderes de los países subdesarrollados en marionetas que se pliegan a sus intereses. Pero esa no es la causa real del subdesarrollo. La catástrofe social en que está hundido el Tercer Mundo es el resultado de un conjunto de mecanismos económicos que aseguran la subordinación y la dependencia de América Latina, Asia y África con respecto a los países superindustrializados: el intercambio desigual, los intereses de la deuda externa y el drenaje de personal cualificado bloquean el desarrollo económico. Todo el arsenal de argumentos propalados por los defensores del neoliberalismo —pereza, indolencia, corrupción, despilfarro de las ayudas económicas, etc— para culpar al Tercer Mundo de su situación no pueden ocultar que la raíz del problema no es otra que el saqueo sistemático del Sur por parte del Norte, la transferencia de riqueza desde la periferia del capitalismo hacia los países del centro del sistema.

La industrialización parcial de algunos países subdesarrollados no ha significado en ningún caso una ruptura de la dependencia ni ha propiciado un desarrollo similar al de los países occidentales. La nueva división internacional del trabajo que se impone desde 1973 ha supuesto el desplazamiento de importantes sectores productivos desde los países desarrollados hacia el Tercer Mundo para aprovechar sus inmensas reservas de mano de obra barata. Un ejemplo de este proceso lo constituyen las zonas francas, «centros de producción que permiten la explotación industrial en óptimas condiciones de la fuerza de trabajo de los países subdesarrollados en una producción orientada al mercado mundial»¹⁷.

Los efectos de las zonas francas en la estructura económica de estos países no pueden ser más negativos. No hay difusión de tecnología moderna, por cuanto es importada de empresas extranjeras; tampoco mejora la balanza comercial y de pagos, debido a las exenciones arancelarias y la repatriación de beneficios por parte de las empresas multinacionales allí instaladas. Además, la acción multiplicadora sobre el resto de la economía es inexistente, dada la desconexión horizontal de la producción de las zonas francas:

«La estructura de la producción se caracteriza sobre todo por la fabricación de un producto a través de subfabricaciones parciales repartidas por distintas fábricas, en distintos emplazamientos y organizada en el marco de una producción transnacional. Esta producción solamente se halla integrada en cada una de las economías nacionales respectivas a través del consumo

¹⁷ Fröbel, J.; Heinrichs, J., y Kreye, O.: *La nueva división internacional del trabajo. Paro estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*. Madrid, Siglo XXI, 1980, pp. 425-426.

de servicios y fuerza de trabajo, pero por lo demás está totalmente desligada de esta economía nacional e integrada en el mercado mundial, en el marco de una organización empresarial transnacional. Lo que se produce en el sector industrial orientado al mercado mundial no viene determinado por las estructuras del mercado nacional. Lo que se produce en el sector industrial y cómo se produce, lo dictan los cálculos y estrategias de valorización de las empresas extranjeras, las cuales a su vez vienen determinadas por la evolución global de las condiciones del mercado mundial»¹⁸.

Un tipo de industrialización, por tanto, que crea una dependencia estructural respecto a los mercados de los países industrializados, en cuanto que sólo allí tiene salida las mercancías elaboradas en las zonas francas, perpetuando de esta forma el desarrollo desigual de África, Asia y América Latina.

La superexplotación que conlleva la nueva división internacional del trabajo ha encontrado también serias resistencias sociales. La inserción del Tercer Mundo en el modelo neoliberal chocó con la oposición de los sectores populares, en especial en el caso de América Latina. Las dictaduras militares chilena (1973-1989) y argentina (1976-1983), fueron el instrumento de que se valieron las élites locales y el imperialismo estadounidense para insertar a ambos países en el nuevo orden económico. El terrorismo de estado que se practicó en Chile y Argentina tuvo como objetivo destruir el movimiento obrero y campesino, impidiendo cualquier posibilidad de cambiar las relaciones de propiedad y la distribución de la riqueza¹⁹.

Si centramos la atención en Rusia, el panorama no puede ser más desalentador. La Unión Soviética era una gran potencia industrial y sus ciudadanos gozaban de un sistema sanitario y educativo satisfactorio, además de contar con un empleo de por vida. Hoy es un lugar común hablar de fracaso al referirse a la economía planificada soviética, pero si consideramos que la atrasada Rusia de 1917 se había convertido en una superpotencia militar e industrial en 1945, y ello en un período no sólo corto en el tiempo, sino lleno de gigantescas dificultades — guerra civil, purgas estalinistas y agresión nazi en 1941 — el juicio sobre la planificación debería ser algo más ponderado²⁰.

Es evidente que el sistema soviético tenía fallos y desajustes graves, derivados en buena parte del enorme gasto militar; también lo es que en los años ochenta escaseaban productos de consumo diario y que la burocracia gozaba de

¹⁸ Fröbel, J.; Heinrichs, J., y Kreye, O.: *Op. cit.*, p. 509.

¹⁹ El papel de Estados Unidos en el diseño del terrorismo de estado que se ejerce en los países del Tercer Mundo está perfectamente documentado en Chomsky N.; Bonasso, M., y otros: *Terrorismo de Estado. El papel internacional de Estados Unidos*. Tafalla, Txalaparta, 1990.

²⁰ «La aún intacta Unión Soviética de 1989 producía más electricidad per cápita que Italia (5.986 KW contra 3.650), más acero per cápita que Estados Unidos (557 kg contra 382), mucho más fertilizante mineral que Japón (119 kg contra 12), más tractores por mil habitantes que Alemania (1,9 contra 1,3), más cemento per capita que Francia (488 kg contra 469), e incluso su producción de carne, con 70 kg per cápita, no era tan baja si la comparamos con los 32 de Japón, los 63 de Italia, los 96 de Alemania y los 120 de estados Unidos» (Luttwak, E.: *Op. cit.*, pp. 215-216).

privilegios impropios de un sistema llamado socialista, pero la perestroika de Gorbachov y el tránsito acelerado al capitalismo propiciado por Boris Yeltsin han sumido al país en un caos económico y una crisis social sin precedentes.

Dejando a un lado los problemas políticos, y fijándonos exclusivamente en el terreno económico, no encontraremos a lo largo de la Historia un país que, en una situación de paz, haya sufrido una catástrofe social similar a la de Rusia. El desmantelamiento de la planificación y la privatización de las empresas ha sumido a la mayoría de la población en la miseria extrema. En 1995, el 30% de la población rusa (44,5 millones de personas) tenía ingresos inferiores al umbral de la pobreza, según datos del Comité Estatal de Estadística²¹. En septiembre de 1997, el Departamento de Análisis de la Duma (Cámara baja del Parlamento) informaba que el ruso medio se mantenía a base de pan y patatas. Entre 1990 y 1996, el consumo anual de carne descendió de 70 kilos a 40; el de leche, de 378 litros a 235, y el de pescado, de 15 kilos a 9,6. El contenido energético de la dieta pasó en ese período de 2590 calorías a 2206. No es de extrañar, a la vista de estos datos, que el 90% de los escolares sufra enfermedades crónicas o algún trastorno patológico²².

El informe elaborado en 1999 por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo sobre el coste que ha tenido la transición al capitalismo en los países del Este de Europa y Rusia, afirmaba que la esperanza de vida en Rusia de la población masculina había caído de 62 a 58 años entre 1980 y 1995, debido a la malnutrición y la reaparición de enfermedades antes erradicadas, como la polio, la tuberculosis y la difteria. El informe denunciaba también la destrucción del sistema educativo, el aumento del paro y las desigualdades crecientes. En el conjunto de los países del antiguo bloque soviético, la población por debajo del umbral de la pobreza pasó del 4% en 1994 al 32% en 1998 (de 13,6 millones de personas a 119,2 millones)²³.

Las recetas liberales no han traído a los rusos el paraíso de prosperidad y consumo que prometía la propaganda occidental, salvo para un puñado de mafiosos multimillonarios que se han adueñado de las antiguas empresas estatales. Europa tiene ahora su propio Tercer Mundo.

La degradación medioambiental, que amenaza el futuro del planeta, y el imparable aumento de la explotación de la mano de obra infantil, laboral y sexual²⁴, son también consecuencias directas de ese capitalismo neoliberal que nos conduce directamente a la barbarie.

²¹ *El País*, 20 de julio de 1995.

²² *El País*, 2 de septiembre de 1997.

²³ *El País*, 12 de septiembre de 1999.

²⁴ Un testimonio escalofriante sobre la violencia que sufre la infancia en Martín Medem, J. M.: *La guerra contra los niños*. Barcelona, El Viejo Topo, 1998.

¿QUÉ HACER?

En 1902 Lenin publicó «¿Qué hacer?», donde describía las características que debería poseer el partido marxista proletario. La obra se escribió en un momento histórico en el que los partidos socialdemócratas de Europa occidental se adaptaban al capitalismo y ganaban posiciones las tesis oportunistas y economicistas, despojando al marxismo de su contenido revolucionario. Lenin puso todo su empeño y capacidad intelectual en combatir las tesis revisionistas y, paralelamente, construir un partido capaz de hacer la revolución en Rusia.

La situación es hoy más difícil que en 1902. La izquierda revolucionaria se encuentra en una profunda crisis teórica, programática y organizativa. Los pequeños grupos marxistas que todavía subsisten en los países desarrollados no tienen incidencia alguna en los acontecimientos políticos y son completamente desconocidos por la clase obrera. Les cabría adecuadamente el calificativo de grupúsculos marginales. Se impone, por tanto, a todos los comunistas una profunda reflexión para enfrentarse a las nuevas estrategias del capital.

En primer lugar, los comunistas debemos mantenernos firmes y sin vacilaciones frente a la ofensiva anticomunista. Desde tiempos de Marx, la burguesía no ha cejado en su empeño de difamar a los comunistas, de desprestigiarlos, además de asesinarlos en masa, para impedir que el marxismo arraigara entre los trabajadores. Todo tipo de falsificaciones y mentiras se han urdido con la finalidad de convertir a los comunistas, ante la opinión pública, en criminales. No es sorprendente, por tanto, la actual campaña anticomunista, pero hay ahora algunos matices novedosos. Tras la caída del muro de Berlín y la desintegración de la URSS, se advierte no sólo el deseo de enterrar definitivamente el marxismo, insistiendo machaconamente en su fracaso histórico, sino también el intento de que los comunistas se sientan culpables y se arrepientan de su pasado. Es una campaña tan intensa, que cuenta con tan poderosos aliados en los más diversos medios de comunicación, que no es extraño leer declaraciones de antiguos comunistas avergonzándose de su militancia o intentando negarla.

Es obvio que el comunismo tiene sus páginas brillantes, luminosas, y sus episodios turbios, en ocasiones muy negros, pero la crítica de la burguesía es inadmisibles. Una clase criminal, culpable de dos contiendas mundiales, que planifica el hambre del mundo a través del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, que ha cometido y comete las mayores atrocidades contra la clase obrera; una clase culpable del paro y del empleo temporal, de la explotación infantil y de la miseria del Tercer Mundo no puede dar lecciones de ética y moral. Es la burguesía quien debe pedir perdón por las tropelías que a diario comete.

Los comunistas no vamos a ponernos de rodillas ni hacer penitencia. Debemos ser autocríticos y condenar todo lo que de condenable haya tenido el estalinismo o las democracias populares, pero debemos sentirnos orgullosos de haber luchado en todas partes, y seguir haciéndolo, contra la explotación, de haber estado en primera línea de fuego contra el fascismo, mientras los que hoy nos acusan colaboraban con él.

Frente a la falsificación histórica a la que asistimos, negando el papel fundamental que los comunistas tuvieron en la resistencia antifranquista o en la lucha contra los nazis en la Europa ocupada durante la Segunda Guerra Mundial, es una tarea urgente de todos los partidos y organizaciones marxistas combatir estas tergiversaciones y mantener viva en la memoria popular el sacrificio de tantos comunistas por un mundo mejor, sin explotadores ni explotados. Es absolutamente indispensable recuperar la memoria histórica, impedir que se impongan las mentiras que a diario escuchamos sobre el franquismo o la transición a la monarquía parlamentaria. La conmemoración del 14 de abril, aniversario de la proclamación de la II República, y el homenaje anual en el cementerio civil a los últimos fusilados por la dictadura franquista, por citar algunos eventos, deben ser ocasión para el encuentro masivo de los comunistas, porque no hay nada tan desmoralizador como esas celebraciones a las que acuden unas decenas de personas. El aislamiento, la soledad y la amargura en que se encuentran muchos y valiosos militantes de la lucha antifranquista sólo podrá romperse con nuevas formas de movilización que devuelvan la esperanza y la confianza en el futuro.

Urge, pues, el rearme ideológico y teórico para contrarrestar el mensaje de las clases dominantes, cuya influencia penetra por múltiples canales y caminos.

En segundo lugar, hay que hacer un replanteamiento a fondo sobre el sistema parlamentario, en el que amplios sectores de la izquierda han puesto esperanzas excesivas. No parece fuera de lugar recordar las palabras de Lenin:

«Decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el Parlamento: esa es la verdadera esencia del parlamentarismo burgués tanto en las monarquías parlamentarias como en las repúblicas más democráticas»²⁵.

Los sistemas parlamentarios son democracias puramente formales, en las que los ciudadanos votan periódicamente, pero las decisiones se toman en centros económicos y políticos ajenos a la población. El carácter decididamente reaccionario de las democracias occidentales debe originar un amplio debate entre los comunistas sobre los métodos de lucha. Limitarse al debate parlamentario es situarse en el terreno de juego de la burguesía. La violencia que ejercen las clases dominantes contra los trabajadores no debe quedar sin respuesta, porque «el marxista pisa el terreno de la lucha de clases, y no el de la paz social. En ciertos períodos de crisis económicas y políticas graves, la lucha de clases llega en su desarrollo a transformarse en guerra civil abierta, es decir en lucha armada entre dos partes del pueblo. En tales períodos, el marxista *está obligado* a pisar el terreno de la guerra civil. Toda condena moral de la guerra civil es inadmisibile de todo punto según el criterio marxista»²⁶.

²⁵ Lenin: *El Estado y la revolución*, en «Obras Escogidas», tomo VII. Moscú, Progreso, 1977, p. 43.

²⁶ Lenin: *La guerra de guerrillas*, en «Obras escogidas», tomo III. Moscú, Progreso, 1976, p. 242.

Los comunistas nunca deben olvidar que el Estado es la violencia organizada de las clases dominantes y que, históricamente, la violencia de las clases dominadas es un ejercicio de legítima defensa. La explotación es terrorismo; el hambre es terrorismo; el paro es terrorismo; el bloqueo de Cuba es terrorismo. Ya es hora de volver a llamar a las cosas por su nombre real y romper con el lenguaje que impone la burguesía.

Ante los comunistas se abre la ingente tarea de superar el capitalismo. Para ello, es necesario repensar los modelos organizativos, elaborar una auténtica teoría revolucionaria que incorpore y tenga en cuenta todas las experiencias históricas de la clase obrera, analizar a fondo las transformaciones recientes de las fuerzas productivas²⁷. Si en la lucha titánica que se avecina triunfa el capitalismo, la supervivencia de la Humanidad estará seriamente amenazada.

²⁷ Los retos a los que se enfrenta la izquierda están planteados en Harnecker, M.: *La izquierda en el umbral del siglo XXI. Haciendo posible lo imposible*. Madrid, Siglo XXI, 1999.